



PASCAL ENGMAN
LOS QUE
ODIAN
A LAS
MUJERES

«La tensión, la historia. El odio hacia las mujeres del movimiento Incel. La detective Vanessa Frank. La historia de amor entre Örje y Eva. Lo tiene todo. Incluso lo he releído. ¡Un thriller increíble!»

Camilla Löckberg

Cuando Emelie, de 25 años, es encontrada asesinada en su apartamento en el norte de Estocolmo –la misma semana en que su violento excompañero y padre de su hijo sale de prisión en un permiso de fin de semana–, la detective Vanessa Frank parece entrever que el culpable está claro.

Pero hay algo en el sospechoso que le da a Frank la impresión de que le falta algo. ¿Quién más podría atacar tan frenéticamente a la joven, un ataque que la dejó con más de veinte puñaladas en el estómago?

¿Podría el ataque estar relacionado con la creciente red digital de hombres que quieren castigar a las mujeres, los llamados «incels»? Estos célibes involuntarios viven en los rincones más oscuros de Internet y están unidos en su violenta misoginia. Cuando se presenta una sobreviviente de un ataque sexual, Vanessa Frank comienza a tirar del hilo y a vincular algunos ataques violentos e impactantes, descubriendo este grupo en la sombra.

Son perdedores confesos que quieren a toda costa la disponibilidad sexual de las mujeres y, sin embargo, al mismo tiempo, expresan disgusto por la promiscuidad. Se sienten maliciosamente con derecho a recibir sexo y atención de lo que perciben como el sexo más débil. Su agresión acumulada ha llevado a estos hombres solitarios y odiosos a una violencia extrema. En sus propias palabras, han armado la guerra de género.

¿Hay un líder o son simplemente varios grupos caóticos sin relación entre sí? La pregunta que Vanessa Frank debe hacerse es, ¿qué haces cuando el odio echa raíces? Si más de uno de ellos es capaz de asesinar, ¿podrían ser capaces de un tiroteo masivo organizado?

Índice

Prólogo

PARTE I

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

PARTE II

1

2

3

4

5

6

7

8

PARTE III

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

PARTE IV

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

PARTE V

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

PARTE VI

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

PARTE VII

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

PARTE VIII

1

2

3

4

Epílogo

Agradecimientos

A Linnea

Queremos ser amados; a falta de ello, admirados; a falta de ello, temidos; a falta de ello, detestados y despreciados. Queremos infundirles a las personas algún tipo de sentimiento. El alma se estremece ante el vacío y busca contacto al precio que sea.

Doctor Glas,
HJALMAR SÖDERBERG

El póster, en el que ponía AMOR SORORIDAD MÚSICA, estaba manchado de sangre.

La respiración de Vanessa era pesada, notaba olas de adrenalina recorriéndole el cuerpo. El humo de la pólvora le picaba en la nariz. Se pegó los puños a las sienes, apretó las mandíbulas y ahogó un grito. Debajo del cartel había una compañera policía. Su cuerpo estaba retorcido, le habían disparado a la cabeza. La sangre que no había salpicado el póster había salido a borbotones de su cráneo y se deslizaba por el césped. Había otras cuatro mujeres tiradas en el suelo en un semicírculo. Algunas se movían levemente, otras gritaban de dolor. Llamaban a sus madres, a Dios, a sus hijos.

En la salida, una muchedumbre de mujeres trataba de alejarse a empujones del área del festival.

Las sirenas de la policía y las ambulancias se iban acercando, aullando como si también estuvieran sufriendo un ataque de pánico.

Vanessa percibió un movimiento con el rabillo del ojo. Nicolas le estaba tirando de la manga. Ella se lo quedó mirando estupefacta. Entornó los ojos. La boca de Nicolas se movía, pero Vanessa no oía nada de lo que decía.

De pronto él se abalanzó y se echó al suelo, al lado de una de las chicas abatidas. Era pequeña y delgada.

El cabello, teñido de color verde.

Vanessa dio un paso al frente, pero las piernas le fallaban, trastabilló. Estuvo a punto de caerse. Logró mantenerse en pie y se acercó a Nicolas y a la muchacha. Él le

estaba sujetando la cabeza con las manos. El pelo le caía entre los dedos. Nicolas gritó y pegó su frente a la de ella.

Entonces Vanessa cayó en la cuenta de quién era la chica. Deslizó la mirada por su cuerpo. En el estómago tenía un orificio que se abría de par en par. Nicolas le había soltado la cabeza y presionaba ahora la herida para impedir que la sangre abandonara su cuerpo.

–¿Está viva? –gritó Vanessa.

Prólogo

Una bolsa de plástico se había quedado enganchada en la valla metálica que rodeaba el Centro Penitenciario de Åkersberga. Emelie Rydén, de veinticinco años, giró la llave en el tambor de arranque de su Kia de color verde y el motor calló de golpe. Se inclinó hacia delante y descansó la frente en el volante.

Dos años atrás había dado a luz a Nova, la hija que tenían en común. Ahora había venido para cortar con Karim, el hombre al que había llegado a considerar el amor de su vida.

Emelie tenía miedo. Se enderezó, levantó el labio superior y se observó la cara en el retrovisor. La parte inferior de uno de sus incisivos estaba amarilla. Cuatro años antes, Karim la había lanzado sobre un radiador en mitad de una discusión. Emelie se había desmayado. Cuando se despertó, él no estaba. Cuarenta y ocho horas más tarde había vuelto a casa, apestando a bar y a sudor, y con ojos enrojecidos le había pedido mil disculpas.

Emelie abrió la puerta del coche y al bajar metió el pie derecho en un charco de agua que se había formado en un hoyo en el asfalto. Tenía que ponerle fin a aquello. Tenía que hacerlo por Nova. Su hija no se merecía criarse con un padre en prisión. Aunque Karim fuera a salir en cuestión de tres meses, Emelie estaba convencida de que lo volverían a encerrar tarde o temprano. Probablemente, más lo segundo que lo primero.

Se dirigió a la entrada de visitas con pasos grandes, pulsó el timbre y la dejaron entrar.

Durante los últimos tres años había estado viniendo cada semana, salvo algunas excepciones contadas. Nova había sido concebida en una de las salas de visita. Algunos de los funcionarios de prisiones le mostraban compasión; otros, desprecio, en mayor o menor medida.

A lo largo de los años había hecho todo lo posible por mantener la cabeza erguida y cruzar los pasillos con la espalda recta. Reconoció al vigilante de la recepción. Era un hombre taciturno, parecía tímido. Pese a haber coincidido varias veces, él no dio señal alguna de reconocerla.

–Vengo a ver a Karim Laimani –dijo Emelie.

El funcionario asintió en silencio.

–¿Me puedes prestar un boli?

El hombre le dio un bolígrafo sin quitar los ojos de la pantalla. Emelie desplegó el dibujo de Nova y apuntó la fecha en la esquina derecha.

El procedimiento que vino luego era el mismo de siempre: chaqueta, bolso, teléfono móvil y llaves, encerrados en un armario. Después la hicieron pasar por el arco detector de metales y la cachearon.

Emelie abrió los brazos en cruz y dejó que el vigilante le palpara el cuerpo.

–Acompáñame –dijo él en tono mecánico, y pegó su pase al lector de tarjetas.

Caminaron por un pasillo, doblaron a la derecha. El funcionario de prisiones iba por delante. Emelie, detrás, con el dibujo de Nova doblado en la mano. El hombre se detuvo delante de una puerta blanca que tenía un ventanuco redondo. Emelie echó un vistazo. Karim estaba sentado con las manos sobre la mesa. Tenía puesta la capucha de la sudadera gris. La puerta se abrió y Emelie entró en el pequeño cuarto. Respiró hondo. Le temblaban las manos y las piernas. Ensayó una última vez lo que le quería decir mientras la puerta se cerraba a su espalda.

Karim se levantó de la silla. Las palabras que Emelie había estado practicando se esfumaron de golpe. Él tiró de ella para acercársela, le magreó los pechos.

–Karim, para...

Él hizo como si no la hubiera oído, pegó el miembro a su entrepierna y le metió la lengua en la boca. Ella se lo quitó de encima.

–¿Qué coño te pasa? –preguntó él.

Karim la miró enfurecido unos segundos, dio media vuelta y volvió a sentarse. Emelie dejó el dibujo de Nova en la mesa, delante de él, que lo miró sin mostrar ningún interés.

–Has engordado, ¿no estarás preñada otra vez?

Emelie se arregló un mechón de pelo que se le había descolocado. Abrió la boca, pero tenía la garganta demasiado seca. En cuanto hubiese pronunciado las palabras, ya no sería más su novia, sino su enemiga. El mundo de Karim era blanco o negro. Emelie jamás podría desdecirse. Se aclaró la garganta y trató de mantener la voz firme.

–No quiero que sigamos juntos.

Karim arqueó las cejas, se raspó la barbita del mentón con las uñas.

–Cállate.

–No funciona –dijo ella. Se le quebró la voz. Volvió a carraspear–. Ya no puedo más.

A Karim se le estrecharon los ojos. Se levantó lentamente y las patas de la silla rascaron el suelo. Su mentón se iba apretando y aflojando mientras se acercaba a Emelie.

–¿Te crees que es algo que puedes decidir así como así?

Casi había llegado hasta ella. Emelie hizo de tripas corazón.

–Por favor... –susurró mientras se le empañaban los ojos. Los cerró. Tragó saliva–. ¿No puedes dejar que me vaya y ya está? Podrás ver a Nova cuando salgas.

–¿Te estás tirando a alguien?

–No.

La cara de Karim se detuvo a diez centímetros de la suya. Olfateó el aire.

–Anda que no, siempre has sido pésima mintiendo. ¿Has estado correteando por la ciudad y abriéndote de piernas? Eres una puta zorra idiota.

Emelie se dio la vuelta, estiró el brazo para coger la manilla de la puerta. Karim se le adelantó y la agarró.

–No te escaparás. Si me entero de que le has ofrecido el coño a otros, te mato.

El funcionario abrió la puerta de un tirón. Karim la soltó y alzó las palmas de las manos. Emelie recuperó su brazo y se masajeó la muñeca.

Al instante siguiente, la voz de Karim resonó por toda la salita de visitas.

–Te voy a matar. Ya verás. Te vas a arrepentir de esto.

El funcionario se interpuso entre los dos.

–Tranquilízate.

Karim fulminó a Emelie con la mirada por encima del hombro del vigilante. Mientras retrocedía, esbozó una sonrisa.